

Las pequeñas industrias de la elegancia

Autor(en): **[s.n.]**

Objekttyp: **Article**

Zeitschrift: **Textiles suizos [Edición español]**

Band (Jahr): - **(1955)**

Heft 2

PDF erstellt am: **20.07.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-797966>

Nutzungsbedingungen

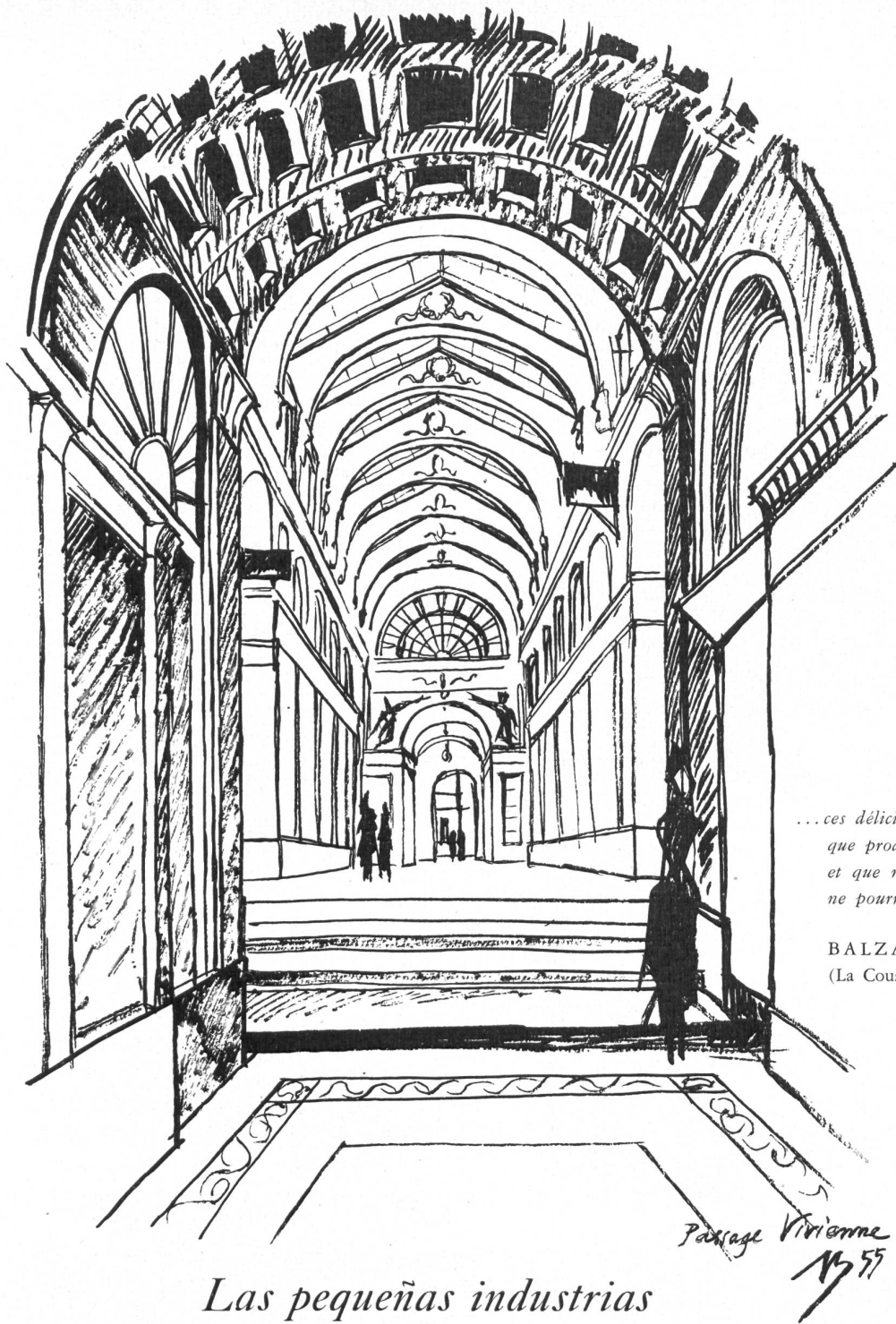
Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.



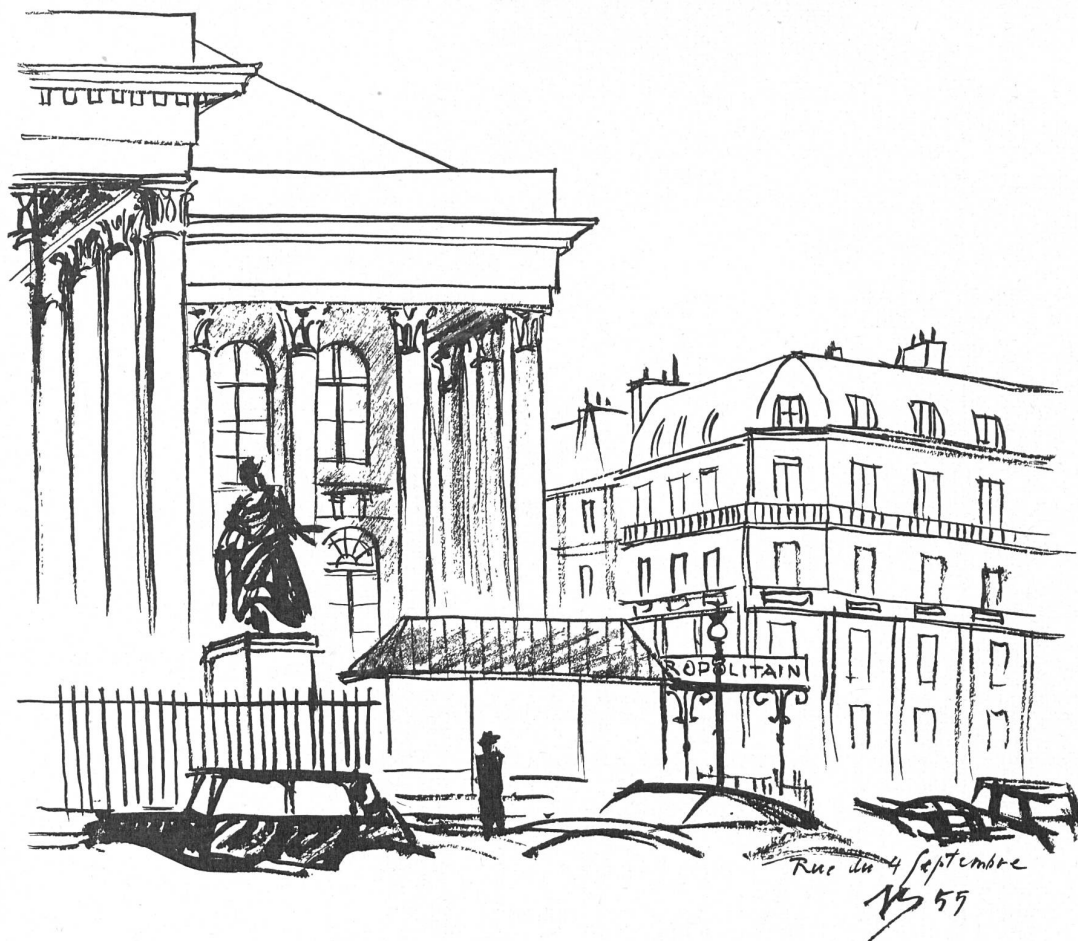
*...ces délicieuses babioles
que produit Paris,
et que nulle autre ville
ne pourra produire.*

BALZAC
(La Cousine Bette)

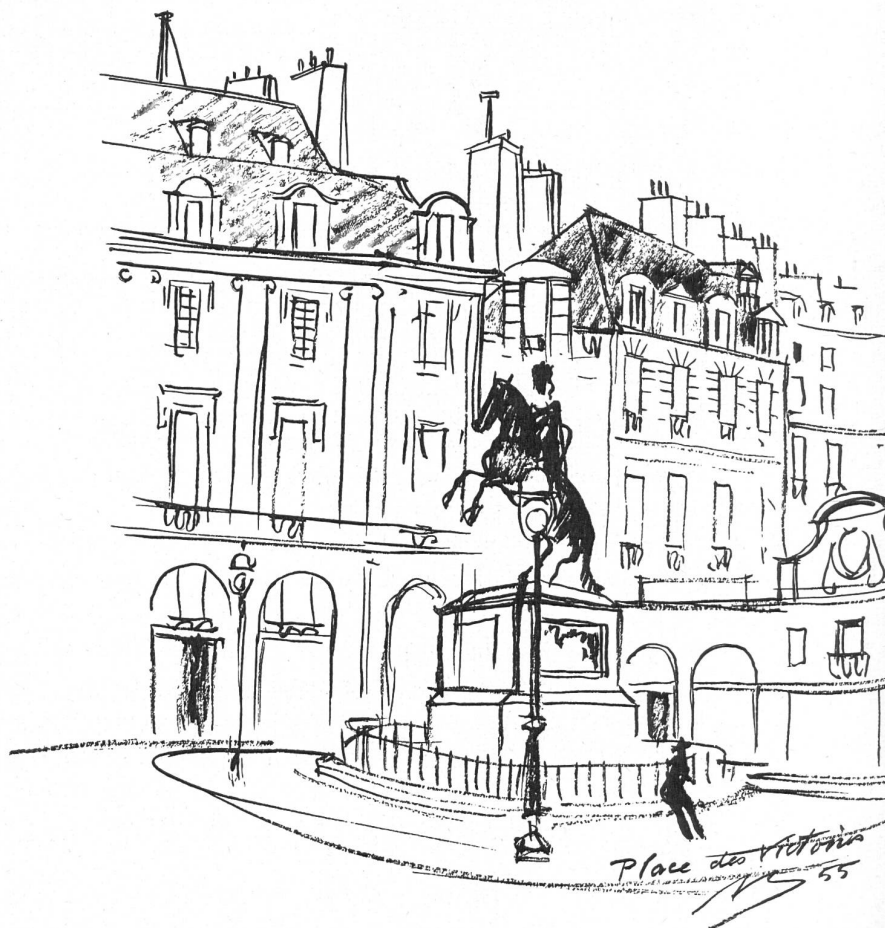
*Passage Vivienne
1757*

Las pequeñas industrias de la elegancia

Se las encuentra en París al margen de los barrios de lujo. Huyendo desde siempre de las anchas avenidas y de las calles con escaparates deslumbrantes, no necesitan de fachadas suntuosas ni de casas de estilo moderno con alquileres caros; hacen su trabajo sin ostentación. Y, sin embargo, todo lo que producen tiene los colores del arco iris. Leyendo Balzac vemos que aquella prima Bette que trabaja en la pasamanería, vive cerca del Luvre, casi pared por medio del Palacio, pero en la calle sombría del « Doyenné ». Allí es donde, todo el día y parte de la noche, borda y hace pasamanería de oro y de plata. La Rue du Doyenné, la Rue du Musée desaparecieron, pero subsistieron esos pequeños oficios de la elegancia. Algunos de esos hábiles artesanos se han alejado de aquel barrio que durante dos siglos fué el suyo, pero la mayoría de ellos permaneció fiel al segundo « arrondissement », que delimitan hacia el norte y hacia poniente los grandes Bulevares, hacia levante, la brecha de Sebastopol



y hacia mediodía, la calle de los « Petits Champs ». Viven cerca del gran mercado de las « Halles » o de la Bolsa, no lejos del Palais-Royal. Cuando salen de su París antiguo para visitar a los grandes de la moda, más allá de la plaza Vendôme y de la Rue Royale, lo hacen discretamente y sin despliegue de personal ni de material, como acostumbra los creadores de textiles. Les basta con una o dos maletas, pero la magia empieza a surtir efecto en cuanto las abren. Allí se encuentran bordados, toda clase de bordados, de colores suaves o violentos, con un chorreo de lentejuelas, de perlas y de piedras preciosas. Flores, conchas, arabescos, todos los estilos y las épocas están mezclados en unos cuantos decímetros cuadrados. Durante horas y durante días enteros, unas obreras con muy buena vista y delicados dedos han manejado el strass, las lentejuelas, los tubitos y los hilos de metal, mientras que los autobuses, al pasar,

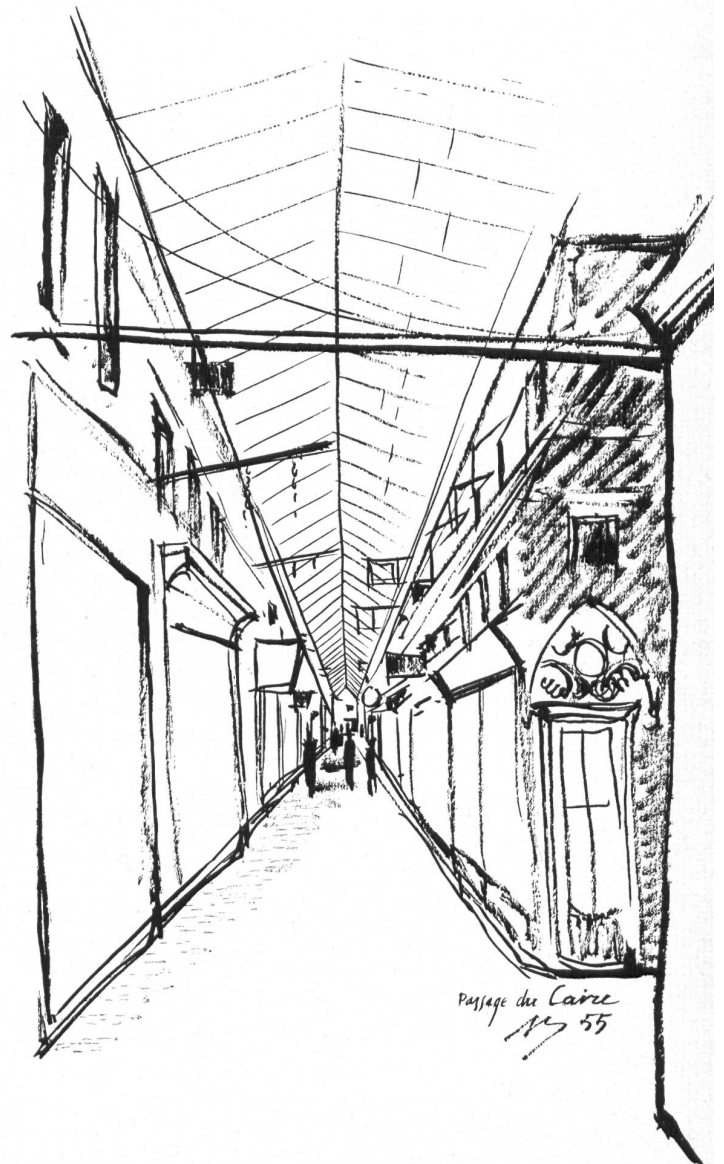




de colorines, la primavera y el estío reinan durante todo el año en las viviendas de aquel barrio oscuro. Ya desde julio, la modesta violeta y su lujosa hermana, la de Parma, emprenden el camino hacia los Campos Elíseos; en diciembre, cuando los parterres no tienen más que tierra pegadiza levantada, las margaritas y azulencos acianos florecen adornando vestidos y sombreros. Un soplo de aire trae también las plumas de todos los pájaros de la creación, pero ya preparadas, teñidas, rizadas, clasificadas y ensambladas.

Llaman a la puerta y aparece el tercer mago. El nombre de su oficio indica bien de lo que se trata. Se le llama el « parurier » o adornista que viene con su pacotilla de hebillas, pulseras, botones, collares, broches y pendientes. Es como si todos los escaparates de la Rue de la Paix, que es típicamente la calle de los

hacían vibrar los cristales en las ventanas de las antiguas casas. Los bordadores dicen que se va perdiendo el oficio, y sin embargo, cada nueva temporada, las mejores colecciones de modas resplandecen con el brillo de esas labores de paciencia que provienen de la media luz de la calle de los « Jeuneurs » o de la de Richelieu, de no ser que vengan de la calle de San Marcos o de la Plaza Boëldieu. Pero el gran modista ya eligió lo que le conviene mejor y hay que dejar el sitio a los demás. Entonces introducen al florista y todos los jardines del mundo florecen sobre la mesa del estudio. Esas flores inimitables de París, se las buscaría en vano en cualquier otra ciudad del mundo. No hay otra como la obrera de París para restituir su esplendor púrpura a las rosas de Francia, su pureza a las azucenas, su belleza maléfica a las orquídeas, su fragilidad al miosotis, toda su blancura al lirio de los valles, el revoloteo de la amapola, el panacho de la peonía y la soberbia del crisantemo, para ondular los pétalos, alabear las hojas, depositar dos gotas de rocío en una corola, restituir su aspecto febril a las flores tropicales y la humedad brillante a las flores del campo. Con este florecimiento jaspeado



joyeros de lujo, pero de una Rue de la Paix de bisutería, se vertiesen sobre la mesa del estudio. Esta vez, se trata de las creaciones del « arrondissement » o distrito vecino, del tercero, que va desde la Rue du Temple hasta la de San Martín, de la Rue Réaumur hasta la del Cairo, y también de la Rue d'Aboukir que todavía pertenece al segundo distrito.

Paseando por esta parte del París antiguo se van viendo todas estas pequeñas industrias de la elegancia. A nadie se le ocurriría que a dos pasos de esa gloriosa plaza de las Victorias, donde el Luis XIV ecuestre de Bosio hace caracolear perennemente a su caballo, delante de las antiguas casas que ostentan encantadores mascarones y balcones, en esas calles obstruídas por los acarreos del mercado de las Halles, cerca del « vientre de la Capital », son concebidos y ejecutados todos esos delicados trabajos. Más fácilmente se imaginaría uno que provienen de los barrios del oeste, verdes y soleados, que de cerca de la muchedumbre vociferante de la Bolsa, de las proximidades de la plaza y del pasaje del Cairo y de la Rue de San Martín.

Pero es que todos esos pequeños oficios pertenecen a la tradición de París, y que no han emigrado. Desde hace dos siglos y más aún, permanecieron fieles en su puesto, como los carpinteros y los ebanistas de la Rue Saint-Antoine, sin trasladarse hacia el oeste. Han arraigado en el suelo que los vió nacer. Lo mismo que jardineros protegen los tiernos brotes contra las intemperies mediante las vidrieras y las persianas de las estufas, las ventanas del Quatre-Septembre, del Sentier, de la Bourse, de las Halles, del Palais Royal, sirven de cobijo a ese misterio florecimiento que, burlándose de las estaciones, adorna durante todo el año todo París.

X. X. X.

